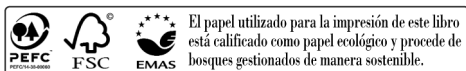


SIEMPRE HACIA EL NORTE



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1. edición: noviembre de 2024

Título original:

Beti iparralderantz

Ilustraciones y diseño de cubierta:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

Traducción: Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2024

ISBN: 978-84-1093-007-0

D.L.: D 1049-2024

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus



Imprenta: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea 9. 20560 Oñati

T 943 783 309

e-posta: gertu@gertu.net

www.gertu.net

Jon Arretxe

SIEMPRE HACIA EL NORTE

Ilustradora: Cristina Fernández

Traducción
CRISTINA FERNÁNDEZ

erein AUSKA 



Escritor

jonarretxe

Nacido en Basauri (Bizkaia) y residente en Arbizu (Navarra), es doctor en Filología Vasca, licenciado en Educación Física y ha completado sus estudios de Piano y Canto en los conservatorios de Vitoria y Bilbao. Este polifacético y exitoso autor tiene la creación literaria por oficio, pero también ofrece conferencias sobre sus libros y viajes, y además canta ópera. Entre sus más de treinta obras destacan la literatura de viaje (*Tubabu*, *7 Colores*, *El Sur de la Memoria...*), y la novela negra. A este género pertenece la saga del detective-vidente Touré, que ya cuenta con once títulos y se acaba de convertir en teleserie. En literatura infantil y juvenil ha creado varias obras, todas ellas inspiradas en sus viajes por el mundo y con un importante trasfondo social, que se han convertido en grandes best-sellers, como *Hacia la Gran Muralla*, *Siempre hacia el norte* y *Los latidos de la tierra*.



ilustradora

cristinafernández

Quizás en casa hubieran preferido que hiciera algo más “serio”, pero a mí desde siempre me ha gustado ensuciarme de pintura y hacer garabatos, así que me matriculé en la facultad de Bellas Artes. Me especialicé en Diseño Gráfico y durante unos años trabajé en publicidad. Sin embargo, donde realmente disfruto es con la ilustración y la literatura, así que pronto empecé a colaborar con diferentes editoriales, dibujando y diseñando portadas.

También he hecho muy a gusto otras cosas como estudiar Historia del Arte, dar clases, participar en exposiciones... Han sido distintas experiencias y mucho tiempo. Mis primeras ilustraciones se publicaron el siglo pasado, pero hoy sigo tan contenta, con muchas ganas de seguir dibujando por lo menos durante otro siglo más.



EL HORNO DE ÁFRICA

Nací en la ciudad de Kayes, «el horno de África», como mucha gente la llama, porque en ese lugar el sol pega de lo lindo, y como, además, los montes de alrededor esconden toneladas de hierro, eso hace que el calor se mantenga todavía más.

Kayes está en Mali, cerca de la frontera con Senegal, el país vecino que da nombre al río donde los kayeses nos refrescamos, nuestro mejor remedio contra las sofocantes temperaturas. No muy lejos de nuestra ciudad hay unas cascadas preciosas, las de Guina, a las que yo solía ir con mis padres y mis dos hermanos pequeños, Adama y Fatou. A su orilla está el gran baobab, un árbol gigantesco que no podíamos abarcar ni siquiera entre los cinco. Nos cogíamos todos de la mano, formando una cadena humana, con mi padre y yo siempre en los extremos, y aunque nos estirábamos a tope, nuestros dedos nunca llegaban a tocarse.

—Mamá y yo no vamos a crecer más —nos decía nuestro padre—, pero vosotros tres sí, y algún día lo conseguiremos.

—¿Y el árbol no crecerá? —preguntó una vez Fatou, la más pequeña de la familia.

—Sí, pero muy despacito —respondió mamá—. Apenas unos milímetros por año, piensa que este baobab ha necesitado tres milenios para hacerse así de grande.

¡Tres mil años! Intenté imaginar qué antepasados míos habrían visto aquel árbol cuando aún tenía el tronco delgado: los padres de los padres de los padres... Era imposible llegar tan lejos, ¿debería retroceder casi hasta la época de los dinosaurios!

—Cada vez que lo abrazamos —añadió nuestra madre—, el árbol se pone muy contento.

—¿Por qué? —preguntó Adama.

—Por los espíritus, a ellos les gusta sentirnos cerca.

—¿Qué espíritus? —Fatou.

—Los de nuestros antepasados, los de la Naturaleza... Cada baobab alberga en su interior un montón de espíritus, por eso le debemos un gran respeto a este árbol y tenemos que cuidar bien de él.

Veía muchas veces a mi madre junto al enorme baobab, acariciando suavemente su tronco mientras parecía susurrarle algo. No sé lo que le diría, pero al final, todos terminamos encariñándonos con aquel gigante de madera. Además, a su sombra se estaba de maravilla,

pasábamos muchas horas allí, justo donde se remansaban las aguas de la cascada.

Mis hermanos pequeños eran un poco miedicas y no les gustaba adentrarse en el río, por eso solíamos quedarnos jugando cerca de la orilla. Lanzábamos guijarros, a ver quién los hacía saltar más veces sobre la superficie del agua, o nos divertíamos chapoteando y saltando a lo bomba. Pero antes de volver a casa, no había día en el que mi padre no me hiciera el mismo desafío:

—Venga, Drissa, una carrera hasta la cascada. A ver quién llega antes nadando, ¿vale?

—Uf, ¡qué pereza! —protestaba yo—. ¡Con lo bien que se está aquí jugando!

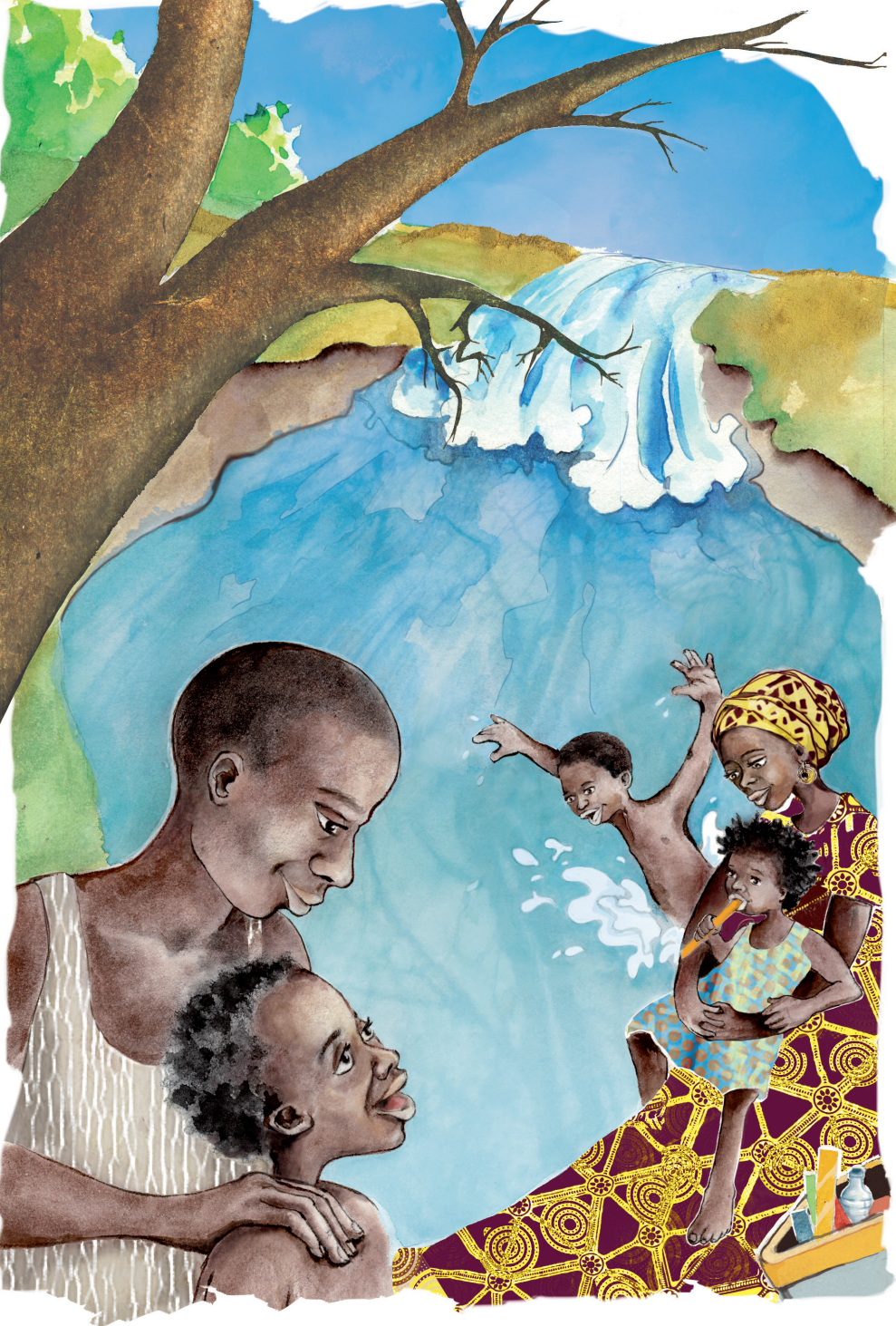
—Es verdad, pero te conviene aprender a nadar bien.

—¿Para qué? De mayor no voy a ser nadador.

—¡Bah! Lo que pasa es que eres un cagueta, te dan miedo las serpientes de agua y no te atreves a venir conmigo.

—¿Cagueta yo? —Mi padre bien sabía el repelús que me daba cualquier tipo de culebra y lo mucho que me chinchaba llamándome «cagueta»— ¡De eso nada! —Replicaba, mientras le cogía la delantera empezando a bracear como un loco hacia la cascada.

—¡Cuidado con los cocodrilos! —Advertía mamá, para tomarnos el pelo, como si no supiéramos que los cocodrilos preferían otros sitios y que las serpientes más peligrosas eran las de tierra.



Me esforzaba, nadaba con todas mis fuerzas para ganar la carrera. Unas veces lo conseguía y otras no, pero siempre obtenía mi recompensa: los *flashes* que solíamos llevar en una pequeña nevera y que tanto nos gustaban. Podíamos preparar aquellos polos nosotros mismos gracias a que teníamos un congelador en casa; todo un lujo, no penséis que aquel aparato estaba al alcance de cualquier familia. Éramos unos privilegiados, más aún teniendo en cuenta que en muchos hogares de Kayes ni siquiera había electricidad.

Pasaba lo mismo con la televisión: casi nadie más tenía una en todo el vecindario. Pero mis padres eran muy generosos, solían sacar el aparato al patio para que cualquiera pudiera verla con nosotros. Era estupendo cuando nos juntábamos todos los niños frente a la pantalla, y había helados para todos.

Tengo muy buenos recuerdos de aquella época, cuando yo tendría unos once años. Vivíamos tranquilos y éramos felices, hasta que un día todo cambió de repente, cuando papá perdió su trabajo, y dejó de entrar dinero en casa. A mamá se le ocurrió entonces que podríamos sacar provecho de la nevera. Preparábamos un montón de bolsitas con líquidos de diferentes sabores, las metíamos al congelador y, cuando estaban listas, salíamos a vender flashes por toda la ciudad. Lo que en un principio parecía solo un experimento terminó funcionando bastante bien y se convirtió en el principal

sustento de nuestra familia. Sin embargo, no era suficiente. A mí me parecía que ganábamos mucho dinero, pero no debía de ser así cuando tuvimos que vender la televisión para comprar comida. Con los CFAs que sacamos pudimos aguantar un tiempo, pero pronto volvimos a vernos en apuros, mis padres seguían sin encontrar empleo y los pequeños lloraban porque tenían hambre. Un día papá nos llamó a todos para decirnos algo. Recuerdo a mi madre cabizbaja mientras él empezaba a hablar con gesto muy serio:

—Hijos..., como veis, en casa apenas hay para comer. Mamá y yo lo hemos pensado mucho y hemos llegado a la conclusión de que aquí, en Kayes, no podremos solucionar nuestros problemas. Por eso, uno de nosotros tendrá que salir en busca de mejor suerte —calló unos segundos y fue posando su mirada en cada uno de nosotros hasta detenerse en mis ojos—. Tendré que hacer un largo viaje —continuó—, así que no me veréis en una temporada, pero no os preocupéis. Todo saldrá bien, conseguiré trabajo, os enviaré dinero y tendréis noticias mías cada día.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunté.

—No, Drissa. Tú haces falta aquí, alguien tiene que ocupar mi puesto. Cuida de la familia, pórtate bien con tu madre y ayúdala a cuidar de tus hermanos.

—¿Y adónde irás?

—Muy lejos, hijo.

—¿Fuera de Mali?

—Sí, y fuera de África también. Iré a Europa. Allí las cosas están mejor, seguro que encuentro trabajo.

—¿Volverás pronto?

—No lo sé, pero empezaré a enviaros dinero enseguida. Así podréis comer bien y creceréis sanos. Cuando regrese, lo primero que haremos será ir al río y abrazar entre todos al viejo baobab para comprobar lo mayores que os habéis hecho, ¿vale?

De este modo, nuestro padre dio por concluida toda explicación, dejándonos pensativos y en silencio. A mí no me hacía mucha gracia aquel plan, y viendo la cara de mi madre, apostarí a que ella tampoco estaba muy convencida, pero nadie protestó. Aquella noche nos fuimos muy tristes a la cama, y al despertarnos por la mañana, nuestro padre ya se había ido.

– ÍNDICE –

1. El horno de África	9
2. La decisión	17
3. El tren	25
4. Bamako	37
5. El río Níger	45
6. La historia de Abdou	53
7. Los hombres de azul	61
8. La ciudad prohibida	67
9. Visitas inesperadas	73
10. El oasis	85
11. El duelo	93
12. Una noche terrorífica	103
13. Taghit	111
14. La frontera	123
15. Tánger	133
16. El mar	141
17. La playa	149
18. Xixili	159
19. El último abrazo	167